

Guillermo P. BLANCO: *Curso de Antropología Filosófica*, Buenos Aires: Universidad Católica Argentina 2002, 555 pp.

Guillermo P. Blanco ha sido profesor de Lenguas Clásicas, Antropología Filosófica y Psicología Racional y Experimental por más de cincuenta años, en el Seminario Mayor de La Plata, la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Católica Argentina. Su especialidad son las cuestiones antropológicas. Las aborda desde una perspectiva primordialmente tomista, y a la vez intenta establecer un diálogo con diversas facetas de la psicología experimental y de la filosofía moderna.

Lo primero que salta a la vista ante este *Curso de Antropología Filosófica* es que está dirigido al estudiante, aunque no por ello deja de ser de utilidad para el docente. El lenguaje coloquial, la variedad de ejemplos y la presentación didáctica de los temas así lo indican. Incluso se ofrecen cuadros sinópticos con los contenidos centrales de cada apartado. Sin embargo, el curso presupone algunos conocimientos de filosofía y de historia del pensamiento; no es un texto básico ni un manual de consulta, pues para seguir el hilo del discurso

hace falta tener en cuenta los capítulos precedentes y las precisiones terminológicas que el autor hace al principio de su tratado.

Justamente estas aclaraciones terminológicas ocupan buena parte de la primera sección del libro, titulada "Introducción a la Antropología Filosófica". En ella se examinan las definiciones nominales (etimológicas y semánticas) de la Antropología, y la definición real del saber antropológico. En mi opinión, esta sección, aunque introductoria, comprende el *quid* del curso, pues en ella el autor articula la intención principal del volumen: esclarecer el objeto formal de la Antropología Filosófica, dar cauces precisos y ubicación epistemológica a un saber que a menudo se entrecruza con cuestiones biológicas y de psicología experimental, por una parte, o con planteamientos metafísicos, por otra. Se impone la necesidad de una apropiada diferenciación entre las esferas de discurso de la Antropología Natural, la Antropología Cultural o Social, la Antropología Teológica (sobre todo después del Concilio Vaticano II) y la Antropología propiamente Filosófica.

Las discusiones lingüísticas salen al paso cuando Blanco justifica el título de su curso.

Elude la denominación "Psicología Racional" por sus connotaciones racionalistas, y discute la conocida clasificación de Christian Wolff. Propone, por tanto, hablar de Antropología Filosófica, pero sin reducir su ámbito de estudio a las consideraciones sobre el ser humano. Blanco sugiere que el objeto material de la Antropología Filosófica es la totalidad de los vivientes. Con ello, piensa el autor, se eluden tanto la tentación de una Antropología apriorística, surgida deductivamente de principios metafísicos, como la reducción del pensar antropológico a una mera disciplina experimental. Blanco propone una Antropología enraizada en la Metafísica pero construida a partir de los datos de la experiencia, articulada a posteriori, y entendida como la culminación de una filosofía natural.

A mi parecer, hablar de la totalidad de los seres vivos como objeto de la Antropología resulta ambiguo. El autor acudé al ejemplo de Aristóteles y Tomás de Aquino, que llamaban Teología a la Metafísica, refiriéndose así al ser más elevado de cuantos abarca el respectivo campo de estudio, en lugar de aludir al conjunto en su totalidad. Siguiendo el mismo razonamiento,

llama Antropología al estudio de lo vivo. La justificación metonímica —denominar a la disciplina en su conjunto a partir de una de sus partes— es poco convincente. Hace falta considerar la vida en general y las peculiaridades de cada uno de sus grados en la aproximación filosófica al ser humano, pero éste sigue siendo el objetivo principal de un estudio auténticamente antropológico. Las ambigüedades terminológicas de Aristóteles o Tomás de Aquino no deben prolongarse en estudios que precisamente deben aclararlas, y menos aún cuando la formulación entera del *Curso* es didáctica y por ello resulta importante evitar malentendidos innecesarios.

Además, esta primera sección ofrece un recorrido histórico —un tanto apresurado e inevitablemente reduccionista, pero útil— respecto a los problemas y soluciones relacionados con la Antropología, desde la Antigüedad hasta pensadores como Jean Paul Sartre, Karl Jaspers, Gabriel Marcel, Martín Buber o Phillipp Lersch. Siguiendo a su maestro R. Mondolfo, Blanco tiene el mérito de reconocer el pensamiento antropológico de los presocráticos y de los sofistas. La aproximación a la psicología experimental, desde Wundt

hasta Freud, resulta sugerente. También lo son las referencias a la filosofía moderna, entre las que aparecen Descartes, Kant, Vico, La Mettrie, e incluso Saussure, Levi-Strauss, Lacan y Foucault. Insisto, la exposición de estos autores es esquemática y un tanto superficial. Destaca el resumen de los supuestos e insuficiencias del estructuralismo. Llama también la atención que Blanco entienda la historia de la psicología experimental como la ruina progresiva de los supuestos metódicos con los que nació esta disciplina en las teorías introspectivas de Wundt.

La segunda sección del curso expone el tema del ser viviente y sus grados. Compara la noción "vulgar" con la noción científico-natural de vida, y a ésta con la concepción propiamente filosófica. Se detiene en el análisis del hilozoísmo y del pansiquismo e insiste en la analogía de la noción de vida, predicable tanto en el sentido físico como en el metafísico, y tanto a nivel de acto primero como a nivel operativo o secundario. Plantea a muy grandes rasgos las críticas a la teoría clásica de las facultades y expone de modo tradicional la especificación, las relaciones y la ontología de las potencias. La sección cierra con un

análisis de la fundamentación tomista de los grados de vida y una comparación con los cuatro grados del ser psicofísico en Scheler y la teoría de los estratos en N. Hartmann.

Las secciones tercera y cuarta siguen el esquema antropológico clásico y constituyen una aproximación gradual al ser humano partiendo de la vida vegetativa y sensitiva. En estos capítulos aparece el problema de la realidad del alma. Blanco acierta en el examen y la sucinta crítica a las respuestas mecanicista, vitalista y holista a esta cuestión. Simplifica, sin embargo, el análisis de las corrientes evolucionistas, y apunta algunas ideas un tanto dispersas respecto al problema filosófico de la posible producción artificial de vida (concluye que no hay imposibilidad metafísica ni violación del principio de causalidad, en tanto se hable de vida vegetativa o sensitiva, pero trata el caso del ser humano de modo muy distinto). En el tema del origen de la vida, el autor distingue entre una posición tomista de índole fijista y la agustiniana posición evolucionista, y destaca que ésta última es común en las interpretaciones contemporáneas.

En estos capítulos, el *Curso* enfrenta también la temática del

conocimiento sensorial, el sentido antiguo y moderno de la percepción, la distinción clásica entre sentidos internos y externos y la clasificación de las respuestas apetitivas.

El quinto apartado entra de lleno a la cuestión de la definibilidad del ser humano. Blanco dialoga, desde el tomismo, con el naturalismo, con el *homo faber*, el existencialismo de Sartre y de Jaspers, y la fenomenología scheleriana. Encuentro innovadora la aproximación a Cassirer y a su visión del hombre como animal simbólico.

La sección sexta se ocupa de la inteligencia humana, sus objetos, el concepto, la reflexión, la distinción entre intelecto posible e intelecto agente y, finalmente, el conocimiento como proceso de apertura e interiorización (inspirado en la cuestión segunda del *De Veritate*, II, 2). Las dimensiones de la inteligencia que el autor enumera: relacional, fabricadora, adaptativa, etcétera, resultan innecesarias. Interesan más otros problemas abordados en este punto, como el de la teoría de la abstracción constitutiva o el del conocimiento intelectual de lo singular corpóreo.

El capítulo séptimo es un tratado sobre la voluntad desde la

perspectiva clásica: sus sentidos, sus objetos, su relación con la inteligencia. El diálogo se articula en este punto frente a los postulados deterministas, mediante la justificación, tanto psicológica como por la razón esencial (*propter quid*) de la libertad humana. Finalmente, la octava sección abunda en el tema del alma como forma espiritual, y cierra con un interesante esbozo de las relaciones entre persona y personalidad, desde tres perspectivas relacionadas pero diversas: la metafísica, la antropológica y la de la psicología experimental. En este último punto se exponen y critican teorías dinamicistas como la de Allport.

Es notoria, en suma, la erudición de Guillermo P. Blanco y la aplicación de su experiencia docente a este volumen. Su *Curso de Antropología Filosófica* ofrece sin duda un buen panorama crítico de las cuestiones antropológicas fundamentales, y ostenta el mérito de establecer vínculos con diversas perspectivas científicas y filosóficas. El tomismo de Blanco es agudo, como resulta patente en su tratamiento de la tradicional doctrina de los tres niveles abstractivos (a los que llama niveles de inteligibilidad), y su opción preferen-

cial por la lectura del *In Boetium Trinitate* y su distinción entre *abstractio totius*, *abstractio formae* y *separatio*. Es, también, un tomismo abierto al perfeccionamiento, como puede notarse en el tratamiento del *principium individuationis*: Blanco no se contenta con la *materia signata quantitate* y acude al *esse* como versión metafísica de la *personalitas*.

Sin embargo, el *Curso* y sus continuas referencias al existencialismo y al estructuralismo como rivales teóricos, resultan ya algo anacrónicos. Los recorridos históricos que arriesga Blanco se detienen en la década de los sesentas. El lapso cronológico es significativo, sobre todo en un volumen que pretende dialogar con la ciencia experimental y que aborda temas como la vida vegetativa y sensitiva. La audacia de Guillermo P. Blanco para contrastar la Antropología Filosófica clásica con diversos interlocutores necesita una actualización temática: hoy no nos enfrentamos ya a la virulencia del existencialismo ateo o a la rabia del estructuralismo, sino a la trivialización y diseminación postmodernas.

Vicente De Haro
Universidad Panamericana

Santiago R.M. GELONCH: *Separatio y objeto de la metafísica. Una interpretación textual del Super Boetium de Trinitate, q. 5, a. 3 de santo Tomás de Aquino*, Pamplona: EUNSA 2002, 353 pp.

Gelonch resume llanamente el objetivo de su libro: "La intención primera y fundamental es entender y exponer qué quiere decir santo Tomás cuando escribe el término *separatio* en el tercer artículo de la cuestión quinta de su comentario al *De Trinitate* de Boecio. Finalidad puntual, concreta y en sí intrascendente, que no tendría nada de original si no fuera por causas ajenas al texto mismo" (p. 14).

Super Boetium de Trinitate q. 5, a. 3 es pasaje príncipe para el estudio de la *separatio* tomista. En él, Tomás nombra cuatro veces el término y da indicaciones decisivas para entenderla. A modo de resumen, se podría decir que la metafísica se vale predominantemente de la *separatio*. La *abstractio*, por el contrario, es el instrumento propio de las matemáticas. En el lugar citado, se percibe una contraposición entre ambas "operaciones" de la mente.

Separatio y objeto de la metafísica es un típico trabajo de

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.